

## MODELOS Y DESVÍOS: EL ECO DEL FASCISMO ITALIANO EN ESPAÑA Y GRAN BRETAÑA

MODELS AND DEVIATIONS: THE ECHO OF ITALIAN FASCISM IN SPAIN AND GREAT BRITAIN

Stefano Simini\*  
Universidade de Lisboa

**Resumen:** El artículo “Modelos y desvíos: el eco del fascismo italiano en España y Gran Bretaña” propone un análisis comparativo entre la Falange Española, la British Union of Fascists (BUF) y el fascismo italiano de Benito Mussolini, con el propósito de comprender cómo el modelo político e ideológico italiano fue apropiado, reinterpretado y transformado en contextos nacionales diversos. A partir de un enfoque historiográfico y comparativo, el estudio examina las convergencias y divergencias doctrinales, estructurales y simbólicas que caracterizaron la recepción del fascismo en ambos países.  
**Palabras clave:** Falange Española; Union Británica de los Fascistas; Fascismo Italiano.

**Abstract:** The article “Models and Deviations: The Echo of Italian Fascism in Spain and Great Britain” offers a comparative analysis of Spanish Falangism, the British Union of Fascists (BUF), and Mussolini’s Italian Fascism, aiming to understand how the Italian political and ideological model was appropriated, reinterpreted, and reshaped across different national contexts. Using a historiographical and comparative framework, the study examines the doctrinal, structural, and symbolic convergences and divergences that marked the reception of fascism in both Spain and Britain.

**Keywords:** Spanish Falange; British Union of Fascists; Italian Fascism.

## Introducción

El fascismo ha sido un tema ampliamente investigado en el marco de las historias nacionales. Al margen de los estudios que incluyen un análisis detallado sobre las experiencias políticas de los fascismos a nivel nacional, las investigaciones que proponen un estudio sistemático comparativo sobre los movimientos fascistas no han sido tan numerosas. Los contactos transnacionales, las interacciones económicas, simbólicas e ideológicas entre los varios movimientos fascistas pueden ofrecer una nueva perspectiva histórica (Bauerkämper y Rossolinsky-Liebe, 2017, p. 1-2).

Roger Griffin evidenció que Italia tuvo un papel fundamental en el ascenso de la ideología fascista a nivel europeo, porque fue el primer país en situar el fascismo en el mapa geopolítico continental como un movimiento y un concepto genérico. Además, Griffin (2015, p.105) subrayó que el fascismo italiano representó el primer intento de establecer una forma de gobierno alternativa al sistema liberal-democrático y al comunismo, en el que los nuevos preceptos se fundaban en el “poder regenerativo del nacionalismo orgánico” y en el poder carismático del líder fascista. De esta manera, Ismael Saz (1993, p. 192) señaló que “el fascismo constituyó en el periodo de entreguerras un punto de referencia inexcusable”.

Después de la Marcha sobre Roma, el fascismo italiano tuvo un impacto político en los otros movimientos fascistas europeos. En efecto, el “fascismo” no llegó a ser el nombre de la ideología política asociada a los fascistas italianos, sino que se transformó en un ideal inspirador global para muchos movimientos políticos europeos (y en otras partes del mundo más allá de Europa<sup>2</sup>), aunque no incluyesen el adjetivo “fascista” en sus denominaciones partidarias, como en el caso del nacionalsocialismo alemán, la Falange Española, la organización de los nacionalistas ucranianos o el partido Ustacha en Croacia (Bauerkämper y Rossolinsky-Liebe, 2017, p. 2-3).<sup>3</sup> El análisis del presente artículo proporciona, una comprensión más matizada del fenómeno fascista europeo en su diversidad, más allá de los paradigmas hegemónicos planteados por la experiencia italiana o alemana.

Como afirmó Marc Bloch (1963, p. 15-50), la verdad solo puede ser alcanzada mediante la comparación de dos series de naturaleza análoga tomadas de medios sociales distintos. Es decir, solo a través del método comparativo se pueden revelar regularidades, diferencias o matices ajenos a paradigmas ya establecidos<sup>4</sup> y, así, es posible comprender

el significado de una ausencia determinada (Burke, 2005) y el esclarecimiento de lógicas de desarrollo mediante el contraste de realidades distintas. De esta manera, no es solo relevante para la historia evaluar cuánto se ha desviado un fenómeno de un determinado modelo conceptual, sino que es relevante “identificar en la diversidad y heterogeneidad de lo real las especificidades y diferencias, la conformación estructural de cada organización en sus diferentes dimensiones” (Bonaudo, Reguera y Zeberio, 2008, p. 9) para, así, comprender el funcionamiento del todo social.

Este artículo tiene como objetivo principal proporcionar un análisis comparativo de la distinta relación que desarrollaron, por un lado, la British Union of Fascists (BUF), fundada en 1932 por Oswald Mosley en el Reino Unido, y, por otro, la Falange Española, fundada en Madrid en 1933 por José Antonio Primo de Rivera— con respecto al fascismo italiano, paradigma originario del fenómeno. La elección de los casos políticos de Falange Española (FE) y de la BUF no es casual. Aunque Gran Bretaña y España fueron dos naciones estructuralmente diferentes en el proceso de aparición y desarrollo de ambos movimientos fascistas, es posible encontrar paralelismos y diferencias que condicionaron su existencia a nivel nacional e internacional. El artículo analizará las convergencias y las divergencias doctrinales, estratégicas y estructurales que determinaron los lazos entre ambos movimientos y el régimen del Benito Mussolini. En este contexto, se considerará la configuración entre un "fascismo nórdico" y un "fascismo latino", categorías que hacen posible problematizar la existencia del único ortodoxo fascista y que expresan las diferencias culturales, geográficas y raciales en cada expresión política fascista a nivel internacional.

### **El fascismo italiano: “un ejemplo” para otros movimientos fascistas**

El fascismo italiano se transformó en un modelo observado, imitado y a veces reinterpretado por otros movimientos en Europa. Emilio Gentile enfatizó que el fascismo se orientó hacia la primacía del Estado. El fascismo italiano creó una dimensión simbólica y mítica que le permitió consolidar un fuerte aparato de movilización social, a través de las ceremonias de masas, la estética uniforme y el culto al líder. Desde esta perspectiva, el fascismo italiano fue el primero en mostrar cómo un movimiento paramilitar podía insertarse en el sistema político, coaligarse con sectores conservadores y monárquicos, y a partir de ahí destruir la democracia desde dentro.<sup>5</sup>

En España y en Gran Bretaña, por ejemplo, el falangismo de José Antonio Primo de Rivera y la Unión Británica de los Fascistas de Oswald Mosley adoptaron muchos elementos del fascismo italiano, desde el culto al líder hasta la simbología uniforme y la retórica del sacrificio. En Rumanía, Corneliu Codreanu se inspiró en la movilización italiana, mientras que, en Hungría, Ferenc Szálasi tomó como referencia la estructura paramilitar fascista. En Austria, el *Heimwehr* adoptó algunos elementos estructurales propios del partido fascista italiano, si bien manteniendo vínculos con el catolicismo político. Según Constantine Iordachi (2010), el fascismo italiano constituyó un ejemplo ideológico y político que fue adaptado según los preceptos de las diferentes tradiciones nacionales.

Aunque Mussolini fue observado como pionero, cada movimiento fascista europeo reconfiguró sus bases en función de su contexto específico. En última instancia, el fascismo italiano se convirtió en el ejemplo inaugural de una dictadura de partido único que hizo del nacionalismo radical y de la movilización total de masas su fundamento, abriendo un camino que otros movimientos imitaron en parte, adaptaron a sus circunstancias o superaron en radicalidad, como ocurrió en el caso del nazismo alemán.<sup>6</sup> El fascismo mussoliniano, a través de la exaltación de un pasado glorioso y la voluntad de construir un “nuevo imperio”, consiguió ofrecer un lenguaje de legitimación que otros regímenes emularon, aunque con mitos nacionales propios. La dimensión simbólica y estética del régimen mussoliniano resultó influyente al nivel de su organización política e ideológica.<sup>7</sup>

A diferencia del nacionalsocialismo alemán, el “fascismo latino” o mediterráneo, encarnado por aquellos movimientos fascistas o fascitizados surgidos en Italia, España, Portugal y, en menor parte, Francia, se caracterizó por su menor aproximación al antisemitismo y por su relación con las tradiciones católicas. En el caso de la Falange Española, su discurso defendía la superación del conflicto de clases mediante el sindicalismo vertical y adoptaba una liturgia política inspirada en el fascismo mussoliniano. Joan María Thomàs (2001, p. 53-56) señaló que la Falange incorporó de Italia la estética fascista y el mito de la revolución nacional regeneradora, pero haciendo referencia al nacionalismo español tradicional y al catolicismo político. Tras la victoria franquista en la Guerra Civil, el papel de la Falange fue subordinado al régimen de Franco,

que logró unir falangismo, tradicionalismo y autoritarismo militar en una única entidad política (Payne, 1995, p. 278-281).

En relación al Estado Novo portugués de António de Oliveira Salazar, Fernando Rosas sostuvo que su corporativismo fue más un instrumento de control social y de legitimación ideológica que un proyecto de transformación totalitaria, es decir se trataba de consolidar un régimen conservador y clerical, más que de construir una civilización fascista.<sup>8</sup> Si, por un lado, el fascismo italiano se concebía como una religión política capaz de sustituir a la religión tradicional, en Portugal el catolicismo fue pilar del Estado Novo, lo que marcó una diferencia esencial con la sacralización política que caracterizó al fascismo italiano (Gentile, 1996, p. 213-215).

El “fascismo nórdico” hace referencia a la categoría de los movimientos de inspiración fascista que se desarrollaron en el norte de Europa, incluyendo también, en parte, el partido fascista británico. A diferencia del fascismo italiano, por lo menos hasta las leyes racistas de 1938, los movimientos fascistas nórdicos adoptaron desde el principio las teorías de superioridad de la “raza aria o nórdica” (Griffin, 1994, p. 187-190). El fascismo nórdico se caracterizó por su falta de autonomía política. En Dinamarca y Suecia los movimientos fascistas fueron marginales, aunque muy activos en propaganda y en la importación de símbolos nazis (Paxton, 2004, p. 113). El fascismo nórdico mantuvo como nota distintiva la conexión ideológica con el mito de la homogeneidad étnica y cultural, un elemento que reforzaba la idea de que las sociedades escandinavas eran depositarias de la “raza pura”. Esa exaltación racial actuaba como sustituto de otras narrativas propias del fascismo latino, como la regeneración católica o el retorno a la tradición imperial romana. En Gran Bretaña, la BUF se aproximó ideológicamente al fascismo italiano, sobre todo en relación a asuntos económicos y estéticos. Sin embargo, a partir de 1934, Mosley acogió en su retórica política el antisemitismo a raíz del nacionalismo alemán, aspecto que *de facto* atrajo el partido fascista inglés más hacia la esfera de influencia alemana en detrimento de la Italia fascista.

El modelo fascista italiano de violencia política organizada y paraestatal fue adoptado e adaptado por varios partidos de inspiración fascista, especialmente por el nacionalsocialismo hitleriano, mediante la creación de escuadrones de asalto vinculados al partido como las Sturmabteilung (SA) y posteriormente las Schutzstaffel (SS) (Payne, 1995, p. 115). El nazismo alemán observó con admiración no solo la llegada al poder de

Mussolini, sino también el progresivo dismantelamiento de las instituciones democráticas en Italia. Sin embargo, como señaló Renzo De Felice, una de las diferencias principales entre los dos regímenes fue el enfoque político. Mussolini enfatizaba la grandeza nacional y el expansionismo imperial, Hitler estructuraba su régimen alrededor de “la cuestión racial”.<sup>9</sup>

Según la visión de Roger Griffin (1991, p. 78), el régimen mussoliniano, a través de la implementación de una arquitectura monumental y el uso de un simbolismo vinculado al imperio romano, transmitió una imagen de modernidad anclada en la tradición imperial. La estética del fascismo italiano fue reproducida, aunque con las especificadas de cada contexto nacional, tanto en la Alemania nazi como en otros regímenes fascistizados, como lo de Francisco Franco en España, donde el uso de uniformes y desfiles de masas constituyeron un medio político de consolidación de la identidad nacional autoritaria.

El elemento anticomunista constituyó otro rasgo ideológico de cohesión entre el fascismo italiano y los otros movimientos de extrema derecha de la época. Juan Linz (2002, p. 25) observó que, por lo que concernía al fascismo español, el sentimiento anticomunista se convirtió en el eje de la movilización falangista y, posteriormente, en el fundamento de la legitimidad del franquismo. Stanley Payne (1995, p. 96) enfatizó que el elemento anticomunista del movimiento fascista italiano supo atraer las élites conservadoras extranjeras y también los jóvenes radicalizados que buscaban una alternativa revolucionaria distinta al marxismo. El anticomunismo fascista poseía un carácter “ofensivo” contra un enemigo definido como absoluto, lo que le otorgaba la capacidad de proyección internacional y de cohesión política.

El fascismo italiano proporcionó una doctrina política que superaba tanto el liberalismo como el marxismo, proponiendo una “tercera vía” traducida en el ideal de Estado corporativo. Antonio Costa Pinto (2014, p. 17-18) evidenció que el corporativismo constituyó tanto un conjunto de instituciones creadas por la integración forzada de intereses organizados (principalmente sindicatos independientes) en el Estado, como un tipo de representación política “orgánico-estatista” alternativa a la democracia liberal. El corporativismo inspiró a los partidos conservadores, radicales de derecha y fascistas, sin

mencionar a la Iglesia católica romana y las opciones de “tercera vía” de parte de las élites tecnocráticas.

Este modelo corporativista hacia hincapié en la eliminación de la lucha de clase a través de una organización económica basada en el uso de corporaciones estatales bajo el control gubernamental. La formulación teórica de la ideología corporativa del fascismo italiano supo atraer un amplio consenso también en líderes reaccionarios y conservadores como Antonio Salazar en Portugal y también en algunos sectores nacionalistas en América Latina (De Felice, 1977, p. 204). Roger Griffin (1991, p. 128) interpretó el corporativismo como una de las expresiones concretas de la “palingenesia ultranacionalista” propia del fascismo, es decir no representaba únicamente una reforma económica, sino también un intento de regenerar la nación a través de una nueva forma de organización social totalizadora. El corporativismo debía expresar la unidad de la nación en un cuerpo orgánico, subordinando al individuo y a los intereses de clase al bien común definido por el Estado. El corporativismo alcanzó una influencia internacional; partidos y movimientos fascistas en España, Portugal, Gran Bretaña Austria o incluso en América Latina, adoptaron parte de su retórica para presentarse como alternativas políticas concretas frente al conflicto de clases.

Mussolini ofreció un modelo político de partido único, Estado corporativo y un repertorio simbólico, estético y cultural que inspiró tanto a los fascismos latinos como a los nórdicos. Si, por un lado, en España, la Falange llevó a cabo una retórica política basada en la fusión entre el mito de la regeneración nacional, el catolicismo político y el pasado imperial, por el otro, en Gran Bretaña, Mosley incorporó elementos del corporativismo italiano, pero los combinó con el racismo y el antisemitismo de raíz nacionalsocialista. La influencia del fascismo italiano residió en la capacidad de ofrecer un repertorio de prácticas y discursos que otros movimientos adaptaron o resignificaron.

### **La Falange Española: entre el mito del fascismo italiano y la originalidad ibérica**

Pese a su neutralidad en la Primera Guerra Mundial, España experimentó varios tumultos políticos a nivel interno: el colapso de su sistema liberal (1914-1923), la instauración de la dictadura militar de Miguel Antonio Primo de Rivera (1923-1930), el nacimiento de la Segunda República (1931-1936), el comienzo de la Guerra Civil Española

(1936-1939), y la dictadura militar de Francisco Franco (1939-1975) (Del Rey, 2016, p. 430).

La dictadura de Miguel Primo de Rivera y la de otros países europeos como Italia, Hungría, Rumanía y Portugal fueron los primeros ejemplos del abandono del sistema político liberal y democrático en el periodo de entreguerras. El régimen de Miguel Primo de Rivera estuvo marcado por el choque entre las elites de la clase conservadora (junto a una gran parte de la clase media) y los trabajadores, que luchaban por una reforma política y social para mejorar las condiciones laborales y los salarios.<sup>10</sup>

Alejandro Quiroga evidenció que, entre 1923 (con el golpe de Estado en Barcelona, y 1930 (año de la dimisión del dictador ante Alfonso XIII), la población española vivió un sistema político autoritario donde España experimentó su primer proceso de nacionalización de las masas, siendo el marqués de Estella la figura política clave. Según el análisis de Quiroga (2022), como en el caso de Mussolini en Italia, Miguel Primo de Rivera se presentó como la alternativa a un sistema corrupto para construir un régimen cada vez más autoritario y antiliberal a través del uso de instrumentos como la propaganda, la censura y la mentira. Primo de Rivera fue un líder que no solo intentó implementar el populismo español de derechas, sino que impulsó un régimen nacionalista, autoritario y proteccionista en la línea del resto de las dictaduras europeas contemporáneas.

Miguel Primo de Rivera implementó una política destinada a reducir el desempleo al favorecer el trabajo público, pero la inversión interna causó una fuerte inflación reforzada por la recesión de 1929. Esto generó una crisis socioeconómica que involucró a todas las clases sociales y que redujo el consenso interno hacia la dictadura de Primo de Rivera. Para justificar la crisis, el dictador enfatizó el concepto de *consciencia nacional*, porque consideraba que la falta de instrucción y la ausencia de un sentimiento patriótico constituían el origen de la gran mayoría de los problemas de la nación. Además de su discurso nacionalista y populista, su experiencia política de Miguel Primo de Rivera estuvo marcada por importantes acciones políticas antidemocráticas: la suspensión de la Constitución, una fuerte censura, el confinamiento de muchos adversarios políticos e intelectuales (como en el caso de Miguel de Unamuno) y la abolición de todos los partidos políticos salvo el suyo propio, la Unión Patriótica Española.<sup>11</sup>

Las elecciones generales del 19 de noviembre 1933 mostraron cómo las fuerzas del conservadurismo antirrepublicano recuperaron posiciones respecto a las fuerzas políticas de izquierda, que habían gobernado el país desde la proclamación de la Segunda República en 1931. La izquierda sufrió una derrota contra el bloque de los partidos de derechas reunidos en la Confederación Española de las Derechas Autónomas (CEDA), fuerza política de matriz conservadora, monárquica y nacionalista. Como enfatizó Gabriela de Lima Grecco (2018, p. 89), aunque esta formación del catolicismo político fue identificada por los partidos de izquierdas como una manifestación del fascismo español, se trató más bien de una fuerza política de recepción del fascismo. Lo mismo ocurrió con otros movimientos políticos de derechas, como Renovación Española (formación política representante del autoritarismo radical de los grupos monárquicos, el tradicionalismo carlista) o el grupo formado en torno a la revista clerical-corporativa-monárquica Acción Española.

La creación del movimiento fascista en España concluiría con la fundación de la Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista (JONS). Las JONS fueron el resultado de la unión ideológica de dos tendencias políticas: la liderada por Ledesma, y la encabezada por Onésimo Redondo, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica. El 29 de octubre 1933 tuvo lugar la fundación del partido falangista de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia en la ciudad de Madrid. Según el análisis de Grecco (2018, p. 88-89), este acontecimiento fue el primer paso en la aproximación del movimiento fascista a la vida pública española. Falange Española fue parte de la oleada fascista europea durante el período de entreguerras, en el que España fue el último país que desarrolló un movimiento fascista propio. Unos meses después de la fundación de Falange Española se produjo su fusión con las JONS con la Falange Española, dando lugar a lo que conoció como Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (FE de las JONS).

José Luis Jiménez Campo analizó el discurso político de la Falange Española durante los años de la Segunda República. El objetivo era presentarse como un modelo político válido y adaptado para los distintos sectores de la población, del campesinado a la pequeña burguesía urbana. Como evidenció el historiador español, si la Segunda República en sus primeros años había supuesto una serie de esperanzas, su conversión en una república derechista supuso un desencanto para aquellos sectores de la población --

campesinado, burguesía, proletariado, burguesías periféricas— que habían visto en ella una posible solución a sus demandas. Los temas principales del fascismo español se aproximaban a los elementos típicos de otras experiencias políticas fascistas europeas en el molde del fascismo italiano: el antiparlamentarismo, el antimarxismo, el antiliberalismo, el uso de la violencia, el corporativismo, como respuesta al socialismo en su dimensión internacional, el elitismo y el nacionalismo.<sup>12</sup>

El 15 de febrero de 1934, con la unificación de los partidos, los ideales falangistas se fusionaron con el concepto central de los jonsistas: el nacionalsindicalismo. Dicha doctrina estaba constituida por las siguientes ideas claves: la unidad de España, el respecto a la tradición católica y su destino imperial, la apelación a la juventud, la liquidación de las organizaciones marxistas y la revolución socioeconómica mediante la sindicación obligatoria, el control público de la riqueza y la integración de las masas sometidas a un Estado Nuevo (De Lima Grecco, 2018, p. 90).<sup>13</sup>

Según Sheelagh Ellwood (1987, p. 12-13), FE de las JONS proporcionó una visión alternativa al liberalismo, al individualismo y a las luchas entre clases sociales, subrayando que el futuro político de la nación española residía en una nueva forma de política social de matriz revolucionaria de derechas que llevaría a la instauración de un nuevo ordenamiento corporativo de la sociedad, a una superación de la democracia parlamentaria. Sin embargo, FE presentaba también algunos rasgos singulares, como la defensa de un fuerte antiseparatismo, catolicismo e imperialismo utilizando como retórica la nostalgia hacia el glorioso pasado español en la época de la conquista de América.

El 19 de octubre 1933, diez días antes de la fundación de Falange Española, José Antonio fue recibido por el duce en Roma.<sup>14</sup> Tras esta visita se produjeron otros encuentros entre los dos líderes fascistas en la capital italiana, por lo menos, hasta mayo de 1935. Después del encuentro de 1935, en junio de ese mismo año, José Antonio recibió una subvención italiana de 50.000 liras mensuales por parte del agregado de prensa de la embajada italiana en París, Amedeo Landini. Ismael Saz evidenció que la subvención italiana del movimiento fascista español podía explicarse en la voluntad del gobierno italiano de instaurar relaciones políticas y económicas con las fuerzas políticas filofascistas europeas y, sobre todo, en el intento del fascismo italiano de crear una internacional fascista.<sup>15</sup>

José Antonio no escondía su admiración por Mussolini y, al mismo tiempo, buscaba que la *paternidad doctrinaria* de FE reflejara los principios del fascismo italiano. La proximidad de FE con la ideología fascista italiana fue evidente desde la fundación del Movimiento en 1933, como lo demuestra el uso de milicias para combatir a los adversarios políticos. Las teorías de José Antonio hacían referencia a la necesidad de derrocar el orden institucional republicano, pero también promovió la idea de un país capaz de identificarse con el concepto de Estado-patria bajo la bandera de la religión católica para restaurar en España las antiguas glorias imperiales (Saz, 2004, p. 126). En el terreno del nacionalismo, la Falange insistió en la “unidad de destino en lo universal”, un principio que pretendía dotar a España de una misión histórica trascendente (Payne, 1999, p. 142). La Falange adoptó una práctica política que convertían la violencia en mito fundacional, equiparable a la función de los *squadristi* en el fascismo italiano contra los adversarios políticos. El componente antiliberal y anticomunista falangista funcionó como elemento ideológico de cohesión para amplios sectores sociales; de hecho, el discurso político de José Antonio se articulaba en torno a la promesa de una revolución nacional, sin connotaciones marxistas, en el marco de un Estado fuerte y centralizado (Thomàs, 2001, p. 55).

El fascismo español defendió, además de la concepción autoritaria del orden social, la doctrina católica como base moral de Estado, aspecto que la distanció ideológicamente de los preceptos seculares del fascismo italiano. El carácter ideológico híbrido del partido fascista español se inscribe en el marco de una tendencia más amplia del así denominado “fascismo latino”, donde los movimientos y los regímenes fascistas del sur de Europa desarrollaron ideales comunes como el antiparlamentarismo, el antiliberalismo, el culto a la violencia, la exaltación del nacionalismo, si bien manteniendo identidades propias. En el contexto del fascismo latino, la Falange, además de su peculiaridad ideológica, se distinguió del fascismo italiano por su relación política con el franquismo. Si, por un lado, en Italia el fascismo fue una ideología que consiguió transformarse en régimen y partido único, por el otro, en España la Falange, tras el comienzo de la Guerra Civil, fue absorbida en el régimen franquista, después del Decreto de Unificación, entrando en el partido único FET de las JONS (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) con otras fuerzas políticas nacionalistas, monárquicas y clericales. De hecho, según Paul Preston (1994, p. 301), “la Falange perdió su carácter revolucionario para

convertirse en el aparato ideológico del franquismo, más simbólico que realmente transformador”.

El programa político e ideológico falangista se centró en un proyecto de regeneración nacional basado en la unidad nacional y en el rechazo al liberalismo y al marxismo. La Falange propuso la construcción de un modelo estatal en el que los trabajadores y empresarios se integrarían en corporaciones controladas por el Estado, con la finalidad de sustituir el conflicto social por una organización económica orgánica (Díaz Santos, 1997, p. 214). El corporativismo falangista, sin embargo, no fue una copia del modelo mussoliniano. Javier Tusell (1999) evidenció que José Antonio combinó la exaltación de la juventud y la nación con elementos del pensamiento social católico, lo que confería a su propuesta un carácter híbrido en el que se mezclaban modernidad fascista y tradición española. Mientras en Italia el corporativismo se presentaba como un instrumento del Estado totalitario para controlar la sociedad, en España adquiriría también un matiz de reconciliación nacional. Ismael Saz (2003, p. 91) sostuvo que la Falange presentaba el Estado sindical como el garante de la unidad frente al parlamentarismo fragmentado y frente a la amenaza revolucionaria. La política económica falangista prometía un nuevo orden basado en la comunidad nacional por encima de las divisiones ideológicas.

Como en el caso del fascismo italiano, hasta 1938, el antisemitismo no representó un pilar ideológico del movimiento fascista español. Sin embargo, José Luis Rodríguez Jiménez (2002, p. 89-130) enfatizó que, la “cuestión judía” no constituía para los falangistas un “problema de raza”, sino de un asunto de fe más centrado en la religión que en lo componente racial o biológico. Las teorías antisemitas penetraron en algunos sectores del partido falangista, especialmente en los grupos políticos del reaccionarismo católico, como en el caso del jonsista Onésimo Redondo Ortega. Redondo, católico, admirador de Alemania y marido de Mercedes Sanz Bachiller, había vivido en dicho país un año (entre 1927 y 1928) trabajando como profesor asistente de lengua española en la Universidad de Mannheim. El antisemitismo fue uno de los aspectos claves de su propaganda política ya desde la creación de su primera asociación política llamada (Juntas Castellanas de Acción Hispánica), donde empezó a desarrollar teorías antisemitas relacionadas con una posible conexión entre los judíos, la masonería y el comunismo. Consideraba al judaísmo como un movimiento político y social peligroso para España,

porque lo considera culpable debilitar y llevar al colapso a la monarquía española y preparar el terreno para el surgimiento de la Segunda República.

De hecho, teniendo en cuenta las teorías propias de la doctrina nacionalsindicalista, Giorgia Priorelli (2021, p. 125) mostró que los teóricos falangistas utilizaron la palabra “raza” como sinónimo de “comunidad hispánica” y, por lo tanto, sin ningún elemento distintivo de valor biológico. Según su visión, uno de los dos rasgos principales que diferenciaron la perspectiva de la “raza” FE con otros movimientos fascistas fueron la consciencia de una historia de pluralidad dentro del imperio hispánico y la búsqueda de una “unidad de destino en lo universal”. Estas ideas desempeñaron un papel fundamental en la prevención por parte de FE de actitudes discriminatorias basadas en teorías racistas. A diferencia de las teorías nacionalsocialistas alemanas, según el falangismo la sangre no constituía un elemento identificativo de una nación, pues los aspectos centrales para los ideólogos del partido eran más próximos al espíritu y al alma que al cuerpo (Tusell, 1999, p. 126).

Carmen Molinero (2013, p. 184) destacó que, ante las reivindicaciones sociales, la modernidad “revolucionaria” socialista había situado el concepto de “justicia social” en el centro de la escena pública y ninguna tendencia política podía prescindir de ella. Según Molinero, la peculiaridad del movimiento fascista español, similar a los otros movimientos fascistas europeos, fue la de intentar recoger ese núcleo de la modernidad, eliminando el aspecto teórico de lucha de clases e integrando la justicia en la idea nacional. Molinero señala que, según los preceptos del falangismo, el mito de la comunidad nacional integradora de los individuos en un destino común debía ser capaz de desactivar el conflicto social, para lo que era imprescindible integrar a la población en la política nacional, ofreciendo un modelo de sociedad regido por el orden y la justicia social.

Sin embargo, hasta el comienzo de la Guerra Civil, Falange Española no tuvo una influencia política relevante. Cabe destacar que, en 1935, el movimiento fascista español era una organización política inexpresiva: en un país con cerca de 25 millones de habitantes, FE de las JONS contaba con solamente de 6.000 miembros (De Lima Grecco, 2018, p. 90; Bernecker, 1998, p. 31; Chueca, 1983, p. 130). Queda claro que, hasta el intento de golpe fallido del 18 de julio 1936, el movimiento fascista español no tuvo una posición política de releve en el eje parlamentario español de los primeros años treinta.<sup>16</sup>

Según la visión política de FE, el corporativismo, inspirado en el modelo italiano, pero adaptado al ideal nacionalcatólico español, desempeñaba un papel central en la superación del conflicto social. La base ideológica del partido fascista español se centraba en conceptos como el nacionalismo unitario, la violencia política como mito fundacional y un fuerte antiliberalismo y anticomunismo. FE encarnó una versión singular del fascismo latino, que combinó modernidad fascista con elementos tradicionales, convirtiéndose en una fuerza ideológica decisiva en la España de los años treinta y en el primer franquismo.

### **El fascismo británico: Oswald Mosley y los límites de un modelo importado**

El fascismo inglés constituyó una manifestación peculiar del fascismo europeo. Si, por un lado, se inspiró en el modelo italiano de Mussolini, su ideología se desarrolló en función de las especificadas culturales, históricas y sociales del Gran Bretaña: una nación con una sólida tradición parlamentaria, una clase obrera movilizada y un imperio colonial en expansión. Dan Stone (2003, p. 336) enfatizó la idea de que el fascismo fuera una ideología política europea, inadecuada a la vida política británica. La BUF y su líder Oswald Mosley proporcionaron una variedad de estructuras y experiencias a lo largo de su camino político en el país y consiguieron recrear en Gran Bretaña ese espíritu y fervor fascista, casi como si fuera una subcultura, similar a lo de otros movimientos fascistas europeos. Esta subcultura fascista logró modelar las maneras en las que los afiliados al partido vivían y interpretaban las condiciones de sus experiencias (Spurr, 2003, p. 306).

El líder de la BUF, ya a partir de los años veinte, antes en los escaños del partido conservador y después con los laboristas, empezó un largo camino político para obtener un cargo importante en el sistema parlamentario, pero con resultados variables. Este fracaso hizo que Mosley adoptase una visión política que lo aproximara ideológicamente a “un espíritu de control oligárquico” y al militarismo, elementos que reflejaban su pasado de soldado y miembro de la aristocracia terrateniente (Dorril, 2006). Tras su fundación en 1932, la BUF defendió un programa de corporativismo económico, que proponía sustituir el libre mercado y el enfrentamiento de clases por una planificación estatal y un discurso político modernizador, orientado hacia la eficacia gubernamental. Sin embargo, el contacto político creciente con el nacionalsocialismo alemán llevó a una aproximación

del movimiento hacia el antisemitismo, aspecto que consolidó la percepción de la BUF como una amenaza al orden público y a la democracia parlamentaria.

El programa político de la BUF criticó el sistema parlamentario liberal y el modelo capitalista, promoviendo más el proteccionismo económico, el control nacional del crédito, la industrialización nacional y la exclusión del capital extranjero. La propuesta económica de la BUF hacía hincapié en la necesidad de crear una política económica de matriz autárquica y proteccionista dentro del marco imperial británico. Mosley defendía el ideal de un “Impero-economía” para controlar el capital financiero, cerrar sus fronteras comerciales y redistribuir el empleo según las necesidades del Estado. Richard Thurlow (1987, p. 132) señaló que estos conceptos hacían referencia al modelo político y económico del fascismo italiano, pero enraizados en una ideología específicamente británica para hacer frente a la crisis del capitalismo liberal. El partido fascista de Mosley intentó “britanizar” la doctrina política fascista más bien que importar un modelo extranjero (Thurlow, 1987, p. 140). En su obra, *“The Greater Britain”*, Mosley (1932, p. 108-109) declaró que el sistema capitalista actual debía ser reemplazado por un sistema corporativo que organizase la nación para el servicio y no para la especulación.

Como señaló Antonio Costa Pinto (2014, p. 7-8), en el discurso inaugural de los *Fasci di Combattimento*, Mussolini se refirió a la necesidad de una “representación directa de intereses”, que también se señaló en el programa del Partido Nacional Fascista de 1921. En 1929, las elecciones fueron sustituidas por plebiscitos en los que los italianos podían responder “sí” o “no” a una lista de candidatos, elegidos por el Gran Consejo Fascista, de una lista de nombres presentada por el PNF, sindicatos fascistas y organizaciones empresariales. De esta manera, la representación se volvió “orgánica”, acompañada de la agrupación de las organizaciones de interés (como se describe en la *Carta del Lavoro* de 1927) y de la Cámara, esta última dominada por el PNF. Como declaración de principios del corporativismo fascista, la *Carta del Lavoro* no alcanzó las aspiraciones del sindicalismo de esta ideología. Sin embargo, fue el documento más influyente entre las dictaduras que adoptaron el corporativismo social. Mosley consideraba el modelo italiano una inspiración y no un sistema completo. Una de las principales críticas se dirigía al papel del Estado italiano en los asuntos económicos, considerado demasiado burocrático e

intervencionista, mientras que el líder de la BUF defendía más un corporativismo tecnocrático (Thurlow, 1987, p. 140).

Mosley, después de varias visitas a Italia, quedó impresionado por la eficiencia administrativa del régimen mussoliniano y por su capacidad de controlar el conflicto de clase. El primer periodo de la BUF se caracterizó por un proceso de “descubrimiento ideológico” de las dictaduras fascistas europeas, con más atención a la Italia fascista que a la Alemania nazi, para entender cómo funcionaba un Estado corporativo (The Blackshirts, 1933). Es importante señalar que, como en el caso de FE, la fundación de la BUF tuvo lugar en octubre, un mes simbólico importante para el fascismo italiano por ser el de la Marcha sobre Roma (Newsinger, 2001, p. 836). En abril 1933, los fascistas británicos e *Italian Fasci* (la principal organización fascista propagandística italiana en Gran Bretaña) organizaron un viaje en el que 200 profesores británicos fueron recibidos por Mussolini para aprender el funcionamiento del sistema educativo italiano. Si bien, Claudia Baldoli (2004, p. 147) evidenció el fin primario de los *Italian Fasci* fue llevar a cabo una “fascistización” de las comunidades italianas emigradas en Gran Bretaña, esta organización desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de acciones propagandísticas para los extranjeros y, sobre todo, en apoyar el desarrollo de organizaciones o movimientos fascistas. El *fascio* de Londres (una de las primeras organizaciones fascistas creadas afuera de Italia, en 1921) mantuvo relaciones políticas estables con la BUF hasta 1935. Mussolini había establecido que *Italian Fasci* no debía interferir con la política nacional del país en cuestión. Aun así, la relación con la BUF de Mosley se extendió más allá de una simple conexión política formal (Thurlow, 1987, p. 148).

Baldoli señaló también que, entre 1933 y 1934, la BUF logró constituir ramas del partido en Italia, en particular en Génova, Torino, Milán, Bordighera, Roma y Florencia. La mayoría de los fascistas ingleses en Italia podían ser definidos como sujetos anglo-italianos, con doble nacionalidad en el primer caso, o nacidos en Gran Bretaña, pero con la residencia en Italia. La particularidad de estos miembros de la BUF fue que, antes de considerarse como fascistas en un país gobernado por el fascismo, se consideraban fascistas británicos, y apoyaban primero la causa de Mosley y después la de Mussolini. El papel principal de los miembros de la BUF en Italia fue el de apoyar la lucha ideológica y

política de sus compañeros en Gran Bretaña a través de una propaganda directa para “fascistizar” a los ciudadanos británicos al extranjero (Thurlow, 1987, p. 150).

La influencia ideológica del fascismo italiano caracterizó la primera parte de la vida política de la BUF. Sin embargo, a partir de 1934, el antisemitismo fue incorporado al centro de la narrativa del partido debido a dos factores fundamentales: el auge político del nazismo hitleriano en Alemania y la influencia de personalidades filo nazistas dentro del partido fascista inglés como William Joyce y John Beckett, antisemitas y fundadores de la Liga Nacional Socialista, un movimiento político de inspiración nazi nacido en contraposición a la BUF. Julie Gottlieb (2004, p. 48) señaló que el antisemitismo de la BUF constituyó una estrategia política implementada más por necesidad que por ideología, pero terminó definiendo políticamente al partido frente a la opinión pública. Mosley (2017, p. 72), en sus escritos posteriores al 1934, adoptó una postura antisemita y conspiradora definiendo la “finanza judía internacional” la única responsable del declive económico de la nación.

La retórica antisemita y la aproximación de la BUF al nacionalsocialismo hitleriano fueron acompañados de gestos simbólicos: encuentros públicos con funcionarios alemanes, participación activa en eventos de la embajada nazi en Londres, y elogios públicos a Hitler y a su capacidad de restaurar el orden social y económico. Sin embargo, Mosley intentó mantener, en sus discursos, una cierta autonomía discursiva del partido nazi alemán (Pugh, 2005, p. 227-229). El supuesto distanciamiento ideológico de Mosley hacia el nazismo tenía la función política, es decir proteger al partido de las acusaciones de dependencias políticas extranjeras.

La marcha fascista de Cable Street, el 4 de octubre 1936, simbolizó el apogeo de la violencia política entre la BUF y sus oponentes y, al mismo tiempo, condicionó el camino político interno del movimiento. Mosley convocó la marcha para celebrar el cuarto aniversario del movimiento, pero las inauguraciones de la sede fascista y las conmemoraciones encubrían la verdadera intención de la BUF de ejercer acciones violentas para aterrorizar aquellas áreas consideradas como hostiles.<sup>17</sup> Mosley reunió a varios miles de militantes uniformados, con el propósito de exhibir disciplina paramilitar y demostrar la fuerza de la BUF en el corazón de Londres. La policía desplegó alrededor de 6.000 agentes para garantizar el paso de la columna fascista. Sin embargo,

manifestantes antifascistas bloquearon las calles con el grito “They shall not pass!”, eslogan importado de la Guerra Civil española.

La Batalla de Cable Street tuvo repercusiones profundas, es decir representó la victoria simbólica del antifascismo, dañó gravemente la imagen de Mosley, tanto que, a partir de ese momento, la BUF fue percibida como un movimiento violento y ajeno a la tradición política británica y, por fin, llevó a la aprobación del Public Order Act (1936), que prohibía los uniformes políticos y limitaba las marchas callejeras, restringiendo severamente la capacidad de acción de la BUF. Thomas Linehan enfatizó que el fracaso de la BUF evidenció los límites del fascismo en un país con instituciones parlamentarias sólidas, una prensa independiente y una sociedad civil organizada.<sup>18</sup>

Los ideales de patriotismo y nacionalismo constituían una parte central del programa ideológico del partido de Mosley. Estas ideas se basaban en la voluntad fascista de recrear las relaciones con el imperio para devolverle a Gran Bretaña el antiguo prestigio y esplendor. La BUF no propuso el desmembramiento total de las instituciones políticas tradicionales, sino que deseaba la armonización entre lo viejo y lo nuevo para adecuar los aspectos tradicionales a los cambios indispensables en el ámbito científico, tecnológico, político y económico (Cullen, 1987, p. 122-124). Los elementos tradicionales del fascismo de Mosley no se referían solo a la preservación del imperio británico, sino incluso a la utilización del glorioso pasado de Gran Bretaña para alimentar las ambiciones actuales del país.

Mosley defendía la concentración del poder en sus propias manos mediante la abolición de todos los partidos políticos con un parlamento elegido directamente por el pueblo británico cuyos candidatos habrían sido seleccionados en base a su papel dentro del estado corporativo. Además, el estado fascista solo podría ser desmantelado mediante un plebiscito (Coupland, 1998, p. 258-264). Este ideal de comunión entre el presente y el pasado, que solo se alcanzaría mediante una revolución política liderada por la BUF, acercó a muchos veteranos de guerra al fascismo de Mosley precisamente por su connotación política basada en el patriotismo, el sentido de sacrificio por la nación y la ruptura con el antiguo sistema político (Mosley, 1972, p. 62).

Gerard Webber (1984, p. 575-576) evidenció que, en 1934, también gracias al apoyo del periódico de clase media *The Daily Mail* (dirigido por el conservador Harold

Rothermere), el movimiento de Mosley aumentó su popularidad entre la clase media. Desde la segunda mitad de 1934 y hasta principios de 1935, la BUF vio decaer el consenso a su alrededor y un cambio en sus adhesiones. De hecho, este nuevo consenso derivó del proletariado, ubicado en las fábricas de algodón de la zona norte del país o, en menor medida, en el East End de Londres, un área con una fuerte presencia de comunidades judías y grupos antifascistas. Dolcini (1999) señaló que, a partir de finales de 1935, la adhesión hacia el movimiento se reforzó, mostrando también el aumento del consenso en la zona sur y sureste del país, con fuerte presencia de la clase media. Entre 1936 y 1937, la adhesión al movimiento registró un aumento en el East End, con fuertes connotaciones antisemitas; aun así, este consenso inicial experimentó un decrecimiento, especialmente entre 1938 y 1940, cuando el movimiento fue ilegalizado por Winston Churchill. Julie Gottlieb (2011, p. 118) mostró que el momento de mayor consenso en torno a la BUF (más o menos 50.000 inscritos) se alcanzó en 1934. Tras ese momento, el apoyo disminuyó el mismo año, debido principalmente a un alejamiento de la prensa conservadora después la conducta “demasiado intimidatoria” de la BUF contra sus adversarios políticos en el rally de Olympia. Este declive se mantuvo y se reforzó después de la marcha fascista en Cable Street, aunque hubo un aumento limitado del apoyo de la BUF a finales de los años treinta, debido a la postura antibelicista de los fascistas ingleses.

La ideología de Mosley se basaba también en el concepto de superioridad del fascismo nórdico con respecto al fascismo latino. En su libro, *The Alternative*, escrito en 1947, el líder de la BUF destacó la importancia de crear una Europa unida políticamente bajo una identidad racial y cultura nórdica, capaz de enfrentar a la decadencia moral del liberalismo occidental y al comunismo soviético. Según la visión de Mosley (1947, p. 212), la unidad de los pueblos nórdicos – germánicos, escandinavos y anglosajones – constituía la única barrera posible contra “el declive de la civilización europea”. Mosley interpretaba a la futura Europa como una única comunidad racial-cultural liderada por Gran Bretaña, donde la tradición imperial británica debía ser reinterpretada con el objetivo de crear un nuevo proyecto de regeneración cultural. Este ideal rompía el marco ideológico del nacionalismo británico tradicional y se aproximaba más al pangermanismo nazi más bien que al corporativismo italiano de la primera hora (Pugh 2005, p. 263). Stein Ugelvik

Larsen (2001, p. 102) subrayó que el fascismo nórdico podía definirse un ideal racial y espiritual más bien que un modelo político bien definido.

Mosley, anglicano de formación, consideraba con escepticismo la relación política entre la ideología fascista y el clero porque, como desarrollado en sus escritos, la autoridad del Estado tenía que constituir la única fuente de soberanía y el poder espiritual debía mantenerse al margen del poder político. En *The Greater Britain*, el líder de la BUF evidenció que el Estado moderno debía encarnar “la voluntad científica y racional de la nación” sin someterse a “dogmas heredados” (Mosley, 1932, p. 88). La crítica de Mosley hacia la esfera católica podía ser interpretada como un ataque indirecto a la doctrina fascista italiana, responsable, según los ideales del fascismo inglés, de ofrecer una legitimación a la esfera eclesiástica y de seguir una visión tradicionalista (Griffin, 1991, p. 165). El fascismo inglés, más anclado a una visión secular y científica de la sociedad, se distanció de otras experiencias fascistas europeas, donde, como en el caso del fascismo español o portugués, la relación Estado-Iglesia constituía un pilar ideológico central.

Sin embargo, la BUF, después de su radicalización y su creciente filonazismo, entró en su última etapa, es decir la del declive político. Cabe destacar que, a pesar del esfuerzo propagandístico en favor del movimiento, especialmente llevado a cabo por Lord Rothermere, dueño del periódico Daily Mail y sostenedor de Mosley hasta 1934, no logró obtener un resultado electoral significativo. Las causas que limitaron su expansión fueron varias: la oposición de los partidos mayoritarios, la adopción de una retórica política antisemita y filonazi, la oposición de la prensa y de la opinión pública y la organización de la disidencia de los antifascistas, especialmente la comunidad judía y el partido comunista británico. En 1936, El *Public Order Act* (Ley de Orden Público), implementada después de la derrota fascista en la Marcha de Cable Street, limitó las actividades propagandísticas del partido prohibiendo el uso de las uniformes. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, Mosley fue arrestado y el partido fue ilegalizado. La herencia ideológica del partido inspiró a los futuros movimientos neofascistas y neonazis del Reino Unido en la posguerra, como el National Front o el British National Party.<sup>19</sup>

Mosley, tras la fundación de la BUF, admiró al modelo fascista italiano, pero su evolución política fue marcada por una creciente aproximación ideológica al nacionalsocialismo hitleriano. Las críticas al fascismo italiano, un sistema corporativo

ineficiente, la dependencia del clero y un antisemitismo “tardío”, marcaron la transición política del líder de la BUF hacia una ideología pan-Nórdica, autoritaria y racial, más próxima al modelo de Hitler que a lo de Mussolini. Aunque la BUF intentó mantener una independencia ideológica del nazismo, *de facto* se transformó en una variante británica del partido de Hitler, aspecto que aceleró no solamente su aislamiento político a nivel nacional, sino también la oposición interna de sus detractores.

La Union Británica de los Fascistas representó un intento político de adaptar el modelo fascista continental a la realidad política, económica y social de Gran Bretaña. Su objetivo principal fue intentar ofrecer una respuesta concreta tanto a la crisis del sistema liberal-parlamentario, como al declive económico de los primeros años treinta. Sin embargo, se puede afirmar que más que un movimiento fascista de masa, la BUF fue un fenómeno político marginal que tuvo un impacto más simbólico que cultural y político.

## **Conclusiones**

El estudio comparativo entre el fascismo italiano, la Falange Española y la Union Británica de los Fascistas proporciona la tesis argumentativa que el fascismo fue un fenómeno tanto transnacional, como mutable, es decir capaz de adaptarse y moldearse según los diferentes contextos sociopolíticos.

La exaltación del pasado y, sobre todo, el nacionalcatolicismo fueron elementos ideológicos propios de la tradición española que la Falange incorporó en su doctrina fascista. La BUF, en cambio, intentó adaptar algunos preceptos ideológicos y políticos del fascismo italiano a una sociedad con fuertes tradiciones parlamentarias y democráticas. Sin embargo, el creciente antisemitismo acercó el partido fascista inglés al nacionalsocialismo alemán. Su fracaso interno demuestra cómo la importación del fascismo resultó inviable en un contexto donde el parlamentarismo y las instituciones gozaban de legitimidad y donde no existía una crisis nacional de magnitud comparable a la vivida en Italia o Alemania.

La Falange, en una primera fase, no logró erigirse movimiento fascista autónomo en el ámbito heterogéneo de la derecha española durante la Segunda República, pero gracias al estallido de la Guerra Civil en 1936, se situó en una posición política favorable, transformándose en la primera fuerza política del bando sublevado bajo el liderazgo de Francisco Franco. La BUF, por el contrario, experimentó una fase de crecimiento en los

primeros años tras su fundación en 1932 y consiguió, al menos hasta 1934, convencer a una buena parte de la población británica (de la clase rural a la burguesía) y a una parte de la prensa de encarnar una fuerza política novedosa. Sin embargo, la postura del *establishment* político británico, la capacidad de los grupos antifascistas de organizar contramanifestaciones y la aproximación hacia el nacionalsocialismo alemán constituyeron aquellos elementos que limitaron el ascenso político de la BUF.

Mientras que la estética y el discurso de la regeneración nacional se repiten en distintos contextos, los contenidos concretos, el papel de la religión en España, la centralidad del antisemitismo en Gran Bretaña, la exaltación de la violencia en Italia, marcan diferencias significativas que deben ser comprendidas en su especificidad. La Falange Española y la BUF constituyen, así, dos ejemplos paradigmáticos de cómo un mismo impulso ideológico podía producir trayectorias divergentes: en un caso, la integración en un régimen autoritario de larga duración; en el otro, el fracaso y la marginalidad política.

### Referências Bibliográficas

ANTONINI, Silvio. **La Battaglia di Cable Street**. Rome: Red Star Press, 2017.

BALDOLI, Claudia. Anglo-Italian Fascist Solidarity? The Shift from Italophilia to Naziphilia in the BUF. In GOTLLIEB, Julie; LINEHAN, Thomas. (Coord.). **The Culture of Fascism: Visions of the Far Right in Britain**. New York: Tauris and CO Ltd, 2004, p.147-171.

BAUERKÄMPER, Arnd y ROSSOLINSKY-LIEBE, Grzegorz. **Fascism without borders: transnational connections and cooperations between movements and regimes in Europe, 1918-1945**. New York: Berghahn Books, 2017.

BENEWICK, Robert. **The Fascist Movement in Britain**. London: Allen Lane, 1973.

BERNECKER, Walther. El debate sobre el régimen fascista. In MECHTHILD, Albert. (Coord.). **Vencer no es convencer**. Literatura e ideología del fascismo español. Madrid: Iberoamericana Veruvert, 1998.

BLOCH, Marc. Pour une histoire compare des sociétés européennes. In BLOCH, Marc. **Mélanges historiques**. Paris: CNRS, 1963, p. 15-50.

BONAUDO, Marta; REGUERA, Andrea; ZEBERIO, Blanca. **Las escalas de la historia comparada**. Tomo I: Dinámicas sociales, poderes políticos y sistemas jurídicos. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2008.

BURKE, Peter. **Historia y teoría social**. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.

CASANOVA, Julián. **Europa contra Europa, 1914-1945**. Barcelona: Crítica, 2011.

CHUECA, Ricardo. **El fascismo en los comienzos del régimen de Franco**. Un estudio sobre FET-JONS. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.

COSTA PINTO, António. O corporativismo nas ditaduras da época do fascismo. **Varia História**, v. 30, n° 52, p. 17-49, 2014.

COUPLAND, Philip. The Black shirted Utopians. **Journal of Contemporary History**, v. 33, n. 2, p. 255-272, 1998.

COVERDALE, John. **La intervención fascista en la Guerra Civil Española**. Madrid: Alianza, 1979.

CROSS, Cross. **The Fascists in Britain**. Essex: Barrie and Rockliff Ltd, 1961.

CULLEN, Stephen. The Development of the Ideas and Policy of the British Union of Fascists, 1932-1940. **Journal of Contemporary History**, v. 22, n. 1, p. 115-136, 1987.

DE FELICE, Renzo. **Interpretazioni del fascismo**. Roma: Laterza, 1977.

DE FELICE, Renzo. **Mussolini il fascista**. La conquista del potere 1921-1925. Torino: Einaudi, 1966.

DE LIMA GRECCO, Gabriela. **De la pluma como oficio a la pluma oficial. Estado y literatura durante los nuevos estados de Getulio Vargas y Francisco Franco (1936-1945)**. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2017.

DE LIMA GRECCO, Grecco. Plumas fascistas: los escritores de la Falange Española. **Revista de Historia**. v. 25, n. 1, p. 87-107, 2018.

DE LIMA GRECCO, Grecco y ALBERNAZ, Cássio. Em que pensam os historiadores ao fazer hisotria comparada? **Tempo e argumento**. Florianópolis, v.11, n. 28, p. 240-260, 2019.

DE LIMA GRECCO, Grecco; PEREIRA GONÇALVES, Leandro. **Fascismos iberoamericanos**. Madrid: Alianza, 2022.

DEL REY, Fernando. The Spanish Second Republic and the Political Violence. **Journal of Contemporary History**, v. 52, n. 2, p. 430-435, 2016.

DÍAZ SANTOS, Juliá. **Los socialistas en la política española, 1879-1982**. Madrid: Taurus, 1997.

DOLCINI, Emanuela. **1938: L'opinione pubblica britannica e l'antisemitismo fascista**. Tesi di Laurea. Pavia: Università di Pavia, 1999.

DORRIL, Stephan. **Blackshirt: Sir Oswald Mosley and British Fascism**. New York: Viking, 2006.

ELLWOOD, Sheelagh. **Spanish Fascism in the Franco Era: Falange Española de las JONS, 1936-76**. New York: St. Martin's Press, 1987.

GALLEGO, Ferrán. **El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)**. Barcelona: Crítica, 2015.

GENTILE, Emilio. **Le origini dell'ideologia fascista, 1918-1925**. Bologna: Il Mulino, 1996.

GOTTLIEB, Julie. Body Fascism in Britain: Building the Blackshirt in the interwar period. **Contemporary European History**, v. 20, n. 2, p. 111-136, 2011.

GOTTLIEB, Julie y LINEHAN, Thomas. **The Culture of Fascism: Visions of the Far Right in Britain**. London: I.B. Tauris, 2004.

GRIFFIN, Roger. Decentering comparative fascist studies. **Journal of Comparative Fascist studies**, v. 4, n. 2, p. 103-118, 2015.

GRIFFIN, Roger. **The Nature of Fascism**. London: Routledge, 1991.

IORDACHI, Constantine. **Comparative Fascist Studies: New Perspectives**. New York: Routledge, 2010.

JIMÉNEZ CAMPO, José Luis. **El fascismo en la crisis de la Segunda República**. Madrid: CIS, 1979.

LARSEN, Stein Ugelvik. Fascism in the Nordic Countries. In LARSEN, Stein Ugelvik et al. **Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism**. Bergen: Universitetsforlaget, 2001.

LEEDEN, Michael. **L'internazionale fascista**. Bari: Laterza, 1973.

LINEHAN, Thomas. **British Fascism, 1918-1939: Parties, Ideology and Culture**. Manchester: Manchester University Press, 2000.

LINZ, Juan. **Fascism, breakdown of democracy, authoritarian and totalitarian regimes: coincidences and distinctions**. Madrid: Centro de estudios avanzados en ciencias sociales, 2002.

MOLINERO, Carmen. Falange y la construcción del régimen, 1939-1945. La búsqueda de unas bases sociales. In RUIZ CARNICER, Miguel Angel (coord.). **Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)**. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 2013, p. 181-199.

MOSLEY, Oswald. **The Greater Britain**. London: BUF Publications, 1932.

MOSLEY, Oswald. **The Alternative**. London: Mosley Publications, 1947.

MOSLEY, Oswald. **Il fascismo Inglese**. Milano: Edizioni 1972.

MOSLEY, Oswald. **Fascism: 100 Questions Asked and Answered**. London; Black House Publishing, 2017.

MOSSE, George. **The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich**. Wisconsin: University of Wisconsin Press, 2003.

NEWSINGER, John. Blackshirts, Blueshirts and the Spanish Civil War. A Historiographical Review. **The Historical Journal**, v. 44, n. 3, p. 825-844, 2001.

PAXTON, Robert. **The Anatomy of Fascism**. New York: Alfred A. Knopf, 2004.

PAYNE, Stanley. Falange. **Historia del fascismo español**. Edición digital ePUBLibre, Ed. original 1965.

PAYNE, Stanley. **A History of Fascism, 1914-1945**. Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1995.

PAYNE, Stanley. **Fascism in Spain, 1923-1977**. Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1999.

PRESTON, Paul. **Franco: a Biography**. London: HarperCollins, 1994, p. 301.

PRIORELLI, Giorgia. **Italian Fascism and Spanish Falangism in comparison**. London: Palgrave Macmillan, 2021.

PUGH, Martin. **Hurrah for the Blackshirts! Fascists and Fascism in Britain Between the Wars**. London: Jonathan Cape, 2005.

QUIROGA, Alejandro. **Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera**. Granada: Comares, 2007.

QUIROGA, Alejandro. **Miguel Primo de Rivera: Dictadura, populismo y nación**. Barcelona: Crítica, 2022.

RODOGNO, Davide. **Fascism's European Empire: Italian Occupation during the Second World War**. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. El discurso antisemita en el fascismo español. In TUSELL GÓMEZ, Javier. (Coord.). **Los judíos en la Historia de España**. Zaragoza: Diputación Provincial de Zaragoza, p. 89-130, 2002.

ROSAS, Fernando. **Salazar e o poder: A Arte de saber durar**. San Paolo: Tinta da China Brasil, 2025.

RUBIN, Bret. **The Rise and Fall of British Fascism: Sir Oswald Mosley an The British Union of Fascists**. Intersections, vol.11, n°2, p. 323- 380, 2010.

SAZ, Ismael. De la conspiración a la intervención: Mussolini y el alzamiento nacional. **Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma**, n. 15, p. 321-358, 1981.

SAZ, Ismael. El franquismo: ¿régimen autoritario o dictadura fascista? In TUSELL GÓMEZ, Javier; SUEIRO, Susana.; MARÍN, José Maria; CASANOVA, Marina. (Coord.). **El régimen de Franco (1936-1975)**. Madrid: UNED, 1993, p. 189-202.

SAZ, Ismael. **España contra España**. Los nacionalismos franquistas. Madrid: Marcial Pons, 2003.

SAZ, Ismael. **Fascismo y Franquismo**. Valencia: Universitat de Valencia, 2004.

SAZ, Ismael. **Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiración, intervención (1931-1936)**. Valencia: Insitució Alfons el Magnànim Centre-Valencià d'Estudis i d' Investigació, 1986.

SPURR, Michael. Living the Blackshirt Life: Culture, Community and the British Union of Fascists, 1932-1940. **Contemporary European History**, v. 12, n°3. p. 305-322, 2003.

STERNHELL, Zeev. **Ni droite ni gauche**. L'idéologie fasciste en France. Paris: Seuil, 1983.

STONE, Dan. The English Mystery, The BUF, and the Dilemmas of British Fascism. **The Journal of Modern History**, v. 75, n. p.336-358, 2003.

THE BLACKSHIRTS, 1 de abril de 1933.

THOMÀS, Joan María. **La Falange de Franco**, El proyecto fascista del Régimen. Barcelona: Plaza y Janès, 2001.

THURLOW, Richard. **Fascism in Britain: From Oswald Mosley's Blackshirts to the National Front**. Oxford: Basil Blackwell, 1987.

TUSELL GÓMEZ, Javier. **Historia de España en el siglo XX**. Madrid, Taurus, 1999.

WEBBER, Gerard. Patterns of Membership and Support for the British Union of Fascists. **Journal of Contemporary History**, v.19, n. 4, p. 575-606, 1984.

**Recebido:** 28/10/2025

**Aprovado:** 24/11/2025